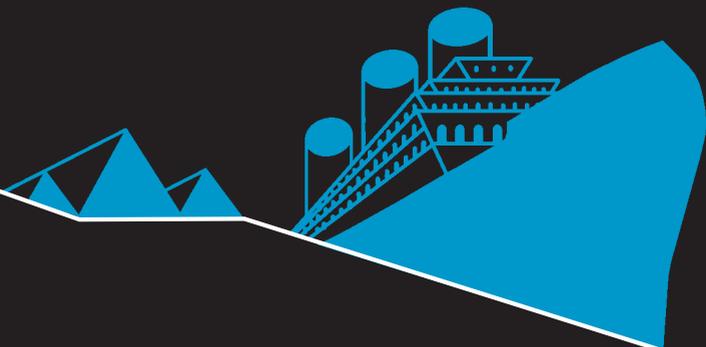


Agatha Christie®



Un célebre caso que pone
a prueba la extrema lucidez de
HÉRCULES POIROT

MUERTE EN EL NILO



ESPASA

AGATHA CHRISTIE
MUERTE EN EL NILO

Traducción de H. C. Granch



Death on the Nile Copyright © 1937 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso.

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie[®]

Traducción de H. C. Granch

© Espasa Libros S. L. U., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-670-4542-0

Depósito legal: B. 14.800-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Capítulo 1

I

—¡Linnet Ridgeway!

—¡Es ella! —dijo Mr. Burnaby, propietario de Las Tres Coronas, dirigiéndose a su compañero.

Los dos hombres se miraron atónitos.

Un Rolls-Royce rojo y enorme acababa de detenerse frente a la oficina local de correos.

Una joven salió de repente del automóvil, una muchacha sin sombrero y con un vestido que parecía —sólo parecía— sencillo. Una joven de cabello rubio, resuelta y con un aspecto encantador, una muchacha como pocas veces se veía en Malton-under-Wode.

Con paso seguro, entró en la oficina de correos.

—¡Es ella! —repitió de nuevo Mr. Burnaby. Y continuó en voz baja, en tono confidencial—: ¡Tiene millones...! Se gastará aquí miles y miles. Hará construir piscinas, jardines italianos y una sala de baile. Hará derribar la mitad de la casa y la volverá a edificar...

—Traerá dinero a la ciudad —dijo su compañero, un individuo delgado y de aspecto un tanto miserable. En su tono se advertía cierto rencor y envidia.

Mr. Burnaby asintió.

—Sí, es una suerte para Malton-under-Wode —añadió el otro—. Una gran suerte.

Mr. Burnaby se mostró de acuerdo.

—A ver si nos espabila a todos —comentó.

—¡Un poco diferente de sir George! —exclamó el otro.
—Los caballos tuvieron la culpa —aseguró Mr. Burnaby con indulgencia—. Nunca tuvo suerte.

—¿Cuánto le han dado por todo eso?

—Unas sesenta mil, según dicen.

El hombre delgado dejó escapar un silbido. Mr. Burnaby continuó con aire triunfal:

—Y aseguran que ella se habrá gastado otras sesenta mil antes de acabar.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre delgado—. ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—De Estados Unidos, por lo que he oído. Su madre era la hija única de uno de esos millonarios. Como en las películas, ¿sabe?

La muchacha salió de la oficina de correos y subió al coche.

Mientras se alejaba, el hombre delgado la siguió con la mirada y murmuró entre dientes:

—No me parece justo que sea tan guapa. Dinero y belleza... es demasiado. Una joven tan rica como ésa no tiene derecho a ser también hermosa. Y ella lo es... ¡Guapa de verdad!... Tiene todo lo que puede querer una mujer... ¡No es justo!

II

Extracto de la página de sociedad de *The Daily Blague*:

Entre los asistentes a la cena en Chez Ma Tante, tuve ocasión de admirar la belleza de Linnet Ridgeway. A su lado estaban la distinguida miss Joanna Southwood, lord Windlesham y Mr. Toby Bryce. Miss Ridgeway, como todo el mundo sabe, es hija de Melhuish Ridgeway y de Anna Hartz. Hereda de su abuelo, Leopold Hartz, una inmensa fortuna. La encantadora Linnet es la sensa-

ción del momento. Se rumorea que en breve se hará público su noviazgo. ¡Lord Windlesham parecía, en efecto, muy entusiasmado!

III

—Querida, creo que todo esto va a ser sencillamente maravilloso —dijo la distinguida miss Joanna Southwood.

Estaba sentada en el dormitorio de Linnet Ridgeway en Wode Hall.

Desde la ventana contemplaba los jardines que quedaban a sus pies y que se abrían al campo enmarcado por las sombras azules de los bosques.

—Esto es casi perfecto, ¿verdad? —comentó Linnet.

Apoyó los brazos sobre el alféizar. Tenía una expresión ardiente, vivaracha, dinámica.

A su lado, Joanna Southwood parecía, en cierto modo, algo sombría. Era una dama joven, de veintisiete años, con un rostro alargado e inteligente y las cejas depiladas de un modo estrafalario.

—Y ¿has hecho todo esto en tan poco tiempo? Habrás empleado un gran número de arquitectos y demás...

—Tres.

—¿Cómo son los arquitectos? No creo haber conocido nunca a ninguno.

—Estaban bien, aunque a veces los encontraba poco prácticos.

—Querida, estoy segura de que debiste de ponerle remedio a eso enseguida. ¡Tú sí que eres práctica!

Joanna cogió una sarta de perlas del tocador.

—Supongo que serán auténticas, ¿verdad, Linnet?

—Naturalmente.

—Esto te parecerá natural a ti, querida, pero no a todo el mundo, por mucha cultura que posean o aunque com-

pren en Woolworth. Amiga mía, son realmente preciosas. Es imposible distinguir una de otra. Son perfectas. Deben de valer una fabulosa fortuna.

—Un tanto vulgares, ¿no crees?

—De ninguna manera. Son preciosas. ¿En cuánto están valoradas?

—En unas cincuenta mil libras como mucho.

—Es una suma nada despreciable. ¿No tienes miedo de que te las roben?

—No, siempre las llevo encima... Además, están aseguradas.

—¿Te parece, querida, que las luzca hasta la cena? Me haría mucha ilusión.

Linnet sonrió.

—Naturalmente. Si es lo que deseas...

—¿Sabes, Linnet? Realmente te envidio. Tú tienes todo cuanto se te antoja. A los veinte años, eres dueña absoluta de tus propios actos, con una montaña de dinero, belleza y una salud espléndida. ¡Tienes hasta talento! ¿Cuándo cumples los veintiuno?

—El próximo mes de junio. Organizaré una fiesta de cumpleaños en Londres.

—Y ¿te casarás entonces con Charles Windlesham? Tienes a todos los periodistas de sociedad revolucionados por este asunto. Y él está completamente prendado de ti.

Linnet se encogió de hombros.

—No lo sé. En realidad, todavía no quiero casarme.

—Querida, tienes toda la razón. Después, nunca es lo mismo.

En ese instante sonó el teléfono y Linnet acudió a atenderlo.

—¿Diga?

—Miss De Bellefort desea hablar con usted —respondió la voz del mayordomo—. ¿Le paso la llamada?

—¿De Bellefort? ¡Oh, claro que sí!

Se oyó un chasquido e, inmediatamente después, una voz ansiosa, dulce y casi sin aliento:

—¡Oiga...! ¿Es miss Ridgeway? ¿Linnet?

—¡Jackie, querida...! Hacía un siglo que no sabía nada de ti.

—Lo sé, y es increíble, Linnet. Tengo unas ganas terribles de volver a verte.

—Querida, ¿no puedes venir aquí? Quiero enseñarte un juguete nuevo.

—Me gustaría mucho.

—Bueno, pues coge inmediatamente un tren o un coche.

—De acuerdo, lo haré. Tengo un dos plazas bastante usado. Lo compré por quince libras y hay días en que funciona estupendamente, pero otros se niega a andar. Si no he llegado a la hora del té, es que mi coche hoy no estaba de muy buen humor. ¡Hasta luego, querida!

Linnet colgó el receptor y regresó junto a Joanna.

—Era una antigua amiga, Jacqueline de Bellefort. Estuvimos juntas en un colegio de monjas en París. Ha tenido una mala suerte terrible. Su padre era un conde francés y su madre una norteamericana sureña. Luego, el padre se fugó con otra mujer y su pobre madre perdió hasta el último centavo en el crac de Wall Street. Jacqueline quedó completamente arruinada. No sé cómo se las habrá arreglado para pasar estos dos últimos años.

Joanna estaba ocupada pintándose las uñas de un color rojo sangre con el esmalte de su amiga. Se echó hacia atrás en la silla, con la mano extendida, para contemplar el efecto de su obra.

—Querida —dijo arrastrando las palabras—, ¿no crees que eso es demasiado aburrido? Si alguna de mis amigas cae en desgracia, yo la abandonaré inmediatamente. A primera vista parece inhumano, pero eso nos evita un gran número de molestias futuras. Porque luego te pedirán dinero prestado, montarán una tienda de moda donde no

tendrás más remedio que ir a comprar algún traje, pintarán pantallas de lámparas horribles que tendrás que adquirir o te harán bufandas de punto...

—Entonces, si yo perdiera mi dinero..., ¿me abandonarías mañana mismo?

—Sí, querida, lo haría. ¡No podrás decir que no soy franca! Sólo me gusta la gente que triunfa. Y lo mismo les pasa a los demás, aunque con la diferencia de que ellos son más hipócritas y no quieren confesarlo. Comentan, por ejemplo, que no pueden aguantar más a Mary, a Emily o a Pamela. Sus sufrimientos las hacen tan amargadas y tan peculiares... ¡Pobres chicas!

—¡Qué cruel eres, Joanna!

—Busco mi propio provecho, como todo el mundo.

—Yo no soy así.

—Tú tienes tus razones. No hay motivo para ser mezquina cuando se cuenta con apoderados jóvenes y bien parecidos que te hacen llegar tus fabulosas rentas cada cuatro meses.

—Sin embargo, te equivocas respecto a Jacqueline —dijo Linnet—. Ella no es ninguna pedigüeña. Al contrario, he querido ayudarla varias veces y no me lo ha permitido. Es tan orgullosa como el mismo diablo.

—Pero ¿por qué ahora tenía tanta prisa por hablar contigo? ¡Apostaría a que piensa pedirte algo! Ya lo verás.

—Parecía excitada por algo —admitió Linnet—. Jackie ha sido siempre excesivamente impulsiva. Una vez le clavó un cortaplumas a un chico.

—Querida, ¡qué emocionante!

—Fue a un niño que estaba martirizando a un pobre perro. Jacqueline intentó convencerlo de que dejara en paz al desgraciado animal. Él no le hizo caso y entonces ella lo empujó con todas sus fuerzas, pero él no cedió. Ante la situación, Jacqueline sacó un cortaplumas y se lo clavó hasta la empuñadura. Fue una escena de lo más horrible.

—Eso iba yo a decirte. ¡Suenan de lo más horroroso!

La doncella de Linnet entró entonces en la habitación. Murmurando unas palabras de excusa, cogió un vestido del armario y volvió a salir.

—¿Qué le pasa a Marie? —preguntó Joanna—. Parece que ha estado llorando.

—Pobrecita. ¿No te dije que quería casarse con un individuo que tenía un empleo en Egipto? Ella no sabía gran cosa de él, y por ello pensé que sería conveniente cerciorarme de sus buenas intenciones. Pues bien, mandé hacer algunas averiguaciones y resultó que el angelito estaba ya casado y tenía tres hijos.

—¡Cuántos enemigos debes de tener, Linnet!

—¿Enemigos? —Su amiga parecía sorprendida.

Joanna asintió con la cabeza y cogió un cigarrillo.

—¡Enemigos, querida! ¡Eres devastadoramente eficiente! Además, eres tan increíblemente buena que haces siempre lo correcto.

Linnet rio.

—¡No tengo un solo enemigo en el mundo!

IV

Lord Windlesham estaba sentado bajo el cedro del jardín. Sus ojos acariciaban las elegantes proporciones de Wode Hall. No había nada que estropease su belleza antigua, los edificios nuevos y los anexos estaban fuera de la vista. Constituía una visión apacible y bella, bañada por la luz de un sol de otoño. Sin embargo, al contemplarlo, no le parecía ya Wode Hall. Lo que admiraba Charles Windlesham era una mansión magnífica de puro estilo isabelino, con un gran parque pero un fondo muy sombrío... Había sido la residencia de su familia, Charltonbury, pero ahora y en primer plano destacaba la figura de una muchacha de

cabello dorado y expresión ardiente y confiada. ¡Linnet sería la dueña de Charltonbury!

Se sentía muy optimista... Su negativa no había sido definitiva... Tan sólo le había pedido tiempo... Y, ante la situación, podía permitirse el lujo de esperar un poco más.

¡Qué conveniente era todo para él! Indudablemente se casaba por dinero, aunque no resultaba necesario tener que dejar a un lado sus propios sentimientos, pues amaba a Linnet. Habría deseado hacerla su esposa, incluso si se hubiera tratado de una mendiga en lugar de ser la mujer más rica de Inglaterra. No obstante, y afortunadamente también, era la mujer más rica de Inglaterra...

Su mente elaboraba sin cesar planes para el futuro. Tal vez llegaría a poseer el condado de Roxdale, restauraría toda el ala derecha del edificio, no tendría necesidad de alquilar sus cotos de caza en Escocia...

Charles Windlesham soñaba bajo el sol.

V

Eran las cuatro en punto cuando un desvencijado dos plazas se detuvo en el camino de grava. Una muchacha saltó del coche, una criatura esbelta, elegante, con una gran cabellera oscura. Subió apresuradamente los escalones y llamó al timbre.

Pocos minutos más tarde, la condujeron hasta un suntuoso gabinete y un mayordomo de aspecto eclesiástico anunció con entonación grave:

—¡Miss De Bellefort!

—¡Linnet!

—¡Jackie!

Windlesham se apartó a un lado, observando con simpatía aquella figurita orgullosa que se lanzó con los brazos abiertos sobre Linnet.

—Lord Windlesham..., miss De Bellefort..., mi mejor amiga.

Una criatura preciosa, pensó él. En realidad, no era muy guapa, pero sí decididamente atractiva con aquella mata de pelo oscuro y rizado y aquellos enormes ojos. Windlesham murmuró unas cuantas naderías corteses y luego se marchó para dejarlas solas.

Jacqueline chasqueó los dedos..., un gesto que, tal como Linnet recordaba, le era característico.

—¡Windlesham! ¡Windlesham! Ése es el hombre con quien vas a casarte, según afirman los periódicos. ¿Es verdad, Linnet? ¿Es cierto?

—Tal vez —murmuró ella.

—Querida, ¡cuánto me alegro! Parece agradable.

—¡Oh, no des ya las cosas por hechas! Todavía no me he decidido.

—¡Claro que no! La reina debe proceder siempre con la debida reflexión en la elección del consorte.

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Pero ¡tú eres una reina, Linnet! Siempre lo has sido. *Sa Majesté, la reine Linette. Linette la blonde!* Y yo soy la confidente de la reina. La primera dama de honor.

—¡Cuántas tonterías dices! Dime, Jackie, ¿dónde has estado todo este tiempo? Desapareciste y no me has escrito ni una sola vez.

—Odio a muerte escribir cartas. ¿Dónde he estado? Casi ahogada, sumergida hasta el cuello, querida. Trabajando, ya sabes. ¡Trabajando en empleos sumamente vulgares con mujeres más vulgares todavía!

—Oh, querida, querida, me gustaría que...

—¿Que acepte los favores de mi reina? Pues bien, con franqueza, ése es el motivo que me ha hecho venir. No, no para pedirte dinero. ¡No he llegado a esa situación todavía! Pero he venido a solicitar de ti un favor mucho más importante aún.

—Adelante.

—Si, en efecto, piensas casarte con ese Windlesham, tal vez me comprenderás.

Linnet pareció sorprendida durante un minuto, pero enseguida su rostro se despejó.

—¿Quieres decir, Jackie, que...?

—Sí, querida, ¡estoy prometida!

—Vaya, vaya. Ya me parecía que estabas en cierto modo demasiado alegre. Siempre lo has estado, desde luego, pero ahora mucho más.

—Ésos son mis sentimientos, en efecto.

—Háblame de él.

—Se llama Simon Doyle. Es alto, ancho de espaldas, increíblemente simplón y pueril, pero extraordinariamente adorable. Es pobre..., no tiene ni un penique. Es lo que vosotros llamáis un provinciano empobrecido. Es el menor de sus hermanos, con las consecuencias de rigor. Su familia procede de Devonshire. Le gusta el campo y el ambiente campestre. Y estos cinco últimos años los ha pasado en la ciudad, encerrado en una oficina. Ahora están reduciendo gastos y lo han echado del trabajo. ¡Me moriré, de eso estoy segura, si no me caso con él, Linnet!... ¡Me moriré! ¡Me moriré!

—¡No seas ridícula, Jackie!

—Me moriré de pesar, te lo aseguro. Estoy loca por él y él está loco por mí. No podemos vivir el uno sin el otro.

—¡Ay, querida! ¡Qué mal te veo!

—Lo sé..., es terrible, ¿verdad? Cuando el amor se apodera de una, la atonta y la deja incapaz de pensar en otra cosa que no sea la persona amada.

Hizo una pausa. Sus ojos oscuros se dilataron adquiriendo una expresión trágica. El cuerpo de la joven se estremeció ligeramente.

—A veces, hasta me asusta... Simon y yo fuimos hechos el uno para el otro. Jamás me interesará otro hombre. Y tú

tienes que ayudarme. Me he enterado de que has comprado todo esto, y la noticia me ha inspirado una gran idea. Verás, tú necesitarás un administrador, tal vez dos... Pues bien, quiero pedirte que le des ese empleo a Simon.

—¡Oh! —Linnet parecía alarmada.

Jacqueline continuó:

—Conoce todo esto como la palma de su mano. Fue educado entre fincas rústicas y tiene una gran práctica. Además, posee grandes conocimientos en negocios. ¡Oh, Linnet, tienes que darle ese empleo! ¿Verdad que se lo darás por cariño hacia mí? Si no lo hace bien, si demuestra ser poco eficiente, lo echas. Pero sé que no será así. Desempeñará su cargo a las mil maravillas. Y viviremos en una casita y podremos vernos todos los días. El jardín me parecerá entonces cien veces más hermoso.

Se levantó.

—Di que sí, Linnet. Di que sí, Linnet preciosa, Linnet querida. Mi muy especialmente querida Linnet, di que sí.

—Jackie...

—¿Sí?

Linnet estalló en carcajadas.

—¡Qué ridícula eres! Tráeme al príncipe de tus sueños para que yo lo vea, y luego hablaremos.

Jackie se abalanzó sobre su amiga y la besó con entusiasmo.

—Mi querida Linnet, eres una verdadera amiga. Ya sabía que lo eras y que no me abandonarías. Eres lo más encantador de este mundo. ¡Adiós!

—Pero, Jacqueline, tú te quedas.

—¿Yo? De ninguna manera. Regreso a Londres y mañana volveré con Simon y lo arreglaremos todo. Te encantará, ya lo verás. Es una verdadera monada.

—¿No puedes esperar hasta que tomemos el té?

—No, no puedo esperar, Linnet. Estoy demasiado alterada. He de regresar y decírselo a Simon. Sé que estoy

loca, querida, pero no puedo evitarlo. El matrimonio me curará, así lo espero. Siempre se ha dicho que modera el entusiasmo.

Se volvió hacia la puerta, se detuvo un momento y luego retrocedió para besarla de nuevo.

—Mi querida Linnet... ¡No hay nadie como tú!

VI

Monsieur Gaston Blondin, el propietario del restaurante de moda, Chez Ma Tante, no era un hombre a quien le gustara honrar con su presencia a todos los clientes. La riqueza, la belleza, la notoriedad y la aristocracia esperarían en vano ser distinguidas o atraer su atención. Sólo en casos excepcionales, monsieur Blondin condescendía graciosamente a saludar a un huésped dándole la bienvenida, a acompañarlo a una mesa privilegiada o a intercambiar con él las frases de rigor.

En esa particular noche, monsieur Blondin había ejercido sus prerrogativas reales tres veces: una para una duquesa, otra para un par de la nobleza y la última para un hombrecillo de apariencia cómica con unos exuberantes bigotes negros y que cualquier observador casual habría creído que hacía un flaco favor a Chez Ma Tante con su presencia.

Monsieur Blondin, no obstante, lo colmaba materialmente de atenciones.

Aunque hacía sólo media hora que varios clientes se habían marchado desesperados por no hallar ni una sola mesa libre, ahora apareció misteriosamente una y, para colmo del milagro, situada en una posición inmejorable. Monsieur Blondin condujo al cliente hacia ella con todo el posible *empressement*.

—Naturalmente, siempre hay una mesa para usted,

monsieur Poirot. Lo que me gustaría es que nos honrara más a menudo con su presencia.

Hércules Poirot sonrió recordando aquel incidente, ya pasado, en que un cadáver, un camarero, el propio monsieur Blondin y una encantadora *mademoiselle* habían desempeñado un importante papel.

—Es muy amable, monsieur Blondin —dijo.

—¿Viene usted solo, monsieur Poirot?

—Sí, vengo solo.

—¡Oh, bien! Jules confeccionará para usted un menú que será un poema..., realmente un poema. Las mujeres, sobre todo las hermosas, tienen una desventaja: distraen la mente de la comida. Pero usted disfrutará de su cena, monsieur Poirot, se lo prometo. En cuanto al vino...

Siguió una conversación técnica con la ayuda de Jules, el *maître*. Antes de marcharse, monsieur Blondin se inclinó un momento bajando el tono de voz y dijo confidencialmente:

—¿Tiene usted algún asunto entre manos?

Poirot negó con la cabeza.

—¡Cielos, no! Estoy de vacaciones —dijo tristemente—. Hice dinero cuando podía y ahora poseo medios suficientes para llevar una vida reposada.

—Lo envidio.

—No, no, sería poco juicioso envidiarme. Puedo asegurarle que no es todo tan agradable como parece —suspiró Poirot—. ¡Qué verdadero es el dicho que reza que el hombre inventó el trabajo para no tener que pensar!

Monsieur Blondin levantó las manos.

—¡Pero hay muchas cosas más, monsieur Poirot! Los viajes, por ejemplo.

—Sí, en efecto, se puede viajar. Ya lo he hecho en muchas ocasiones y me ha sentado bastante bien. Este invierno pienso ir a Egipto. El clima, según dicen, es soberbio. ¡Así escaparé a la tediosa monotonía de las nieblas

perpetuas, de los tonos grisáceos, de la lluvia que cae incessantemente!

—¡Ah, Egipto! —suspiró monsieur Blondin.

—Ahora se puede ir allí en tren, evitando el mar, excepto en el obligado paso del canal.

—¡Ah! ¿No le gusta el mar?

Poirot meneó la cabeza y se estremeció imperceptiblemente.

—A mí tampoco —declaró monsieur Blondin con simpatía—. ¡Es curioso el efecto que ejerce sobre el estómago!

—Pero sólo sobre ciertos estómagos. Hay personas a quienes el movimiento no les causa la menor impresión. Incluso les gusta.

—Una injusticia del Señor —corroboró monsieur Blondin.

Movió tristemente la cabeza y, tras haber expresado el impío pensamiento, desapareció.

Camareros de pies ágiles y manos expertas servían las mesas. Tostadas Melba, mantequilla y una cubitera con hielo demostraban que allí se ofrecía comida de calidad.

La orquesta negra rompió en un éxtasis de notas discordantes. Londres bailaba.

Hércules Poirot observaba, registrando sus impresiones en el cerebro como en un archivo.

¡Qué aburridos y cansados eran los rostros que veía!

Algunos de aquellos hombres se divertían, indudablemente, mientras que una paciente resignación era el sentimiento general exhibido por los rostros de sus acompañantes. Aquella mujer gorda vestida de escarlata parecía radiante de felicidad... Sin duda, los gordos obtenían una compensación a la vida, una satisfacción que estaba vedada a los que poseían líneas más armónicas. ¡Todo, en esta vida, tiene sus compensaciones!

Un reducido número de jóvenes, algunos carentes de expresión, otros aburridos, los más definitivamente infe-

lices... ¡Qué absurdo llamar a la juventud el tiempo de la felicidad! ¡La juventud es la edad de mayor vulnerabilidad!

Su mirada se humanizó cuando se detuvo sobre una pareja en particular. Un par de representantes de los dos sexos decididamente armoniosos. El hombre, alto y de anchas espaldas. La mujer, esbelta y delicada. Eran dos cuerpos que se movían con un ritmo perfecto de felicidad, por el lugar en que estaban, por la hora y por la dicha de estar juntos.

El baile cesó de pronto. Las manos palmotearon ruidosamente y todo volvió a empezar. A los pocos segundos, la pareja feliz volvió a la mesa que ocupaban junto a la de Poirot.

La muchacha, sonrosada de placer, reía. Cuando se sentó, Poirot pudo contemplar a su antojo su rostro, que tenía vuelto hacia su compañero.

Había algo, además de la risa, en su cara.

Hércules Poirot meneó la cabeza con aire dubitativo.

«Esa joven se preocupa demasiado —se dijo—. Eso es peligroso. Sí, muy peligroso.»

Luego llegó una palabra a su oído: «Egipto».

Ahora percibía sus voces claramente: la juvenil de la muchacha (fresca, arrogante, con un acento ligeramente extranjero en la pronunciación de las erres), y el timbre agradable, de tonos bajos, de su compañero, en el que se advertía a un inglés bien educado.

—No estoy vendiendo la piel del oso antes de cazarlo, Simon. Te aseguro que Linnet no quiere que nos hundamos.

—¡Quizá yo la desilusione!

—Tonterías. Es un empleo ideal para ti.

—Hasta cierto punto, yo lo creo también... No tengo la menor duda sobre mi capacidad para desempeñarlo. Y haré todo lo posible por quedar bien... por ti.

La muchacha rio. Era una risa de pura felicidad.

—Esperaremos tres meses para asegurarnos de que no te da el puntapié, y entonces...

—Y entonces te colmaré con todos los bienes terrenales... Ése es el sentido de todo esto, ¿verdad?

—Y como ya te dije: iremos a pasar nuestra luna de miel a Egipto. ¡Cueste lo que cueste! Toda mi vida he deseado ir a Egipto. El Nilo..., las pirámides..., la arena...

—Todo eso lo veremos juntos, Jackie..., juntos —repuso él impasible—. ¿No será maravilloso?

—Eso me estaba preguntando. ¿Será tan maravilloso para ti como para mí? ¿Te intereso yo tanto como tú a mí?

El tono de la muchacha tenía un matiz duro, cortante. En sus ojos había algo semejante al miedo.

En la respuesta del hombre se observó la misma dureza:

—No seas absurda, Jackie.

Pero ella repitió:

—Me pregunto...

Y se encogió de hombros.

—Venga, vamos a bailar.

Hércules Poirot murmuró para sí: «*Un qui aime et un qui se laisse aimer*. Sí, yo también me lo pregunto».

VII

—Supongamos que él es espantosamente rústico —señaló Joanna Southwood.

Linnet negó con la cabeza.

—No lo será. Puedo confiar en el gusto de Jacqueline.

—¡Ah! Pero la verdad siempre se oculta cuando se trata de asuntos amorosos —murmuró su amiga.

Linnet sacudió su rubia cabellera con impaciencia. Cambió de tema.

—Tengo que ir a ver a Mr. Pierce para hablar sobre estos planos.

—¿Planos?

—Sí, hay unas cuantas casas de labor en malas condiciones de salubridad. Voy a hacer que las derriben y trasladaré a sus habitantes a otro sitio más sano.

—¡Qué buena y compasiva eres, querida!

—Tendrían que marcharse de todas maneras. Las casas dan a mi nueva piscina.

—Y ¿querrán marcharse los que ahora viven allí?

—La mayoría de ellos están encantados. Uno o dos se muestran algo estúpidos: de hecho, realmente fastidiosos. Parecen no darse cuenta de la mejora que tendrá lugar en sus condiciones de vida.

—Pero presumo que tú sí estás segura de eso.

—Mi querida Joanna, en realidad lo hago sólo por su propio beneficio.

—Naturalmente. Estoy segura de ello. Beneficio forzoso.

Linnet frunció el ceño. Joanna rio.

—Vamos, muchacha. Confiésalo, eres una tirana. Una tirana benéfica, si quieres, pero una tirana al fin y al cabo.

—No tengo nada de tirana.

—Pero te gusta hacerlo a tu modo.

—No especialmente.

—Linnet Ridgeway, ¿puedes mirarme a la cara y decirme honradamente si ha habido alguna ocasión en que no hayas podido conseguir aquello que deseabas?

—Muchísimas veces.

—¡Oh, sí! Muchísimas veces... Está bien, pero cita casos concretos. No puedes hacerlo, aunque lo intentes. ¡No hay quien detenga la carrera triunfal de Linnet Ridgeway en su carruaje de oro!

—¿Crees que soy egoísta? —replicó ella secamente.

—No, pero eres irresistible. Tienes el efecto combinado

del dinero y la belleza. Todo el mundo se inclina a tu paso. Lo que no puedes comprar con dinero lo obtienes con una sonrisa. Resultado: Linnet Ridgeway, la muchacha que lo tiene todo.

—No seas ridícula, Joanna.

—Dime, ¿acaso no lo tienes todo?

—Supongo que sí... Pero me resulta desagradable oírte decir.

—En efecto, es desagradable, querida. Pronto estarás terriblemente aburrída y hastiada de todo y por todo. Es decir, todavía no lo estás, pero lo estarás. Entretanto, goza de tu avance triunfal en tu carruaje de oro. Sin embargo, me pregunto..., en realidad, me lo pregunto sin cesar, ¿qué ocurrirá el día que llegues a una calle donde te encuentres un cartel que diga «Prohibido el paso»?

—No digas estupideces, Joanna.

Cuando lord Windlesham se acercó a ellas, Linnet se volvió hacia él.

—Joanna me estaba diciendo verdaderas obscenidades —le explicó.

—Sólo se trata de despecho —repuso su amiga vagamente al tiempo que se levantaba del asiento que ocupaba.

No dio excusa alguna para ausentarse. Había leído la advertencia en la mirada de Windlesham. Éste permaneció en silencio un par de minutos. Luego se lanzó a fondo.

—¿Te has decidido ya, Linnet?

—¿Me crees tan cruel? —dijo ella—. Supongo que, al no estar segura, debería decir «no».

Él la interrumpió con un gesto.

—No lo digas. Tendrás tiempo, todo el tiempo que necesites. Pero ya sabes que seríamos muy felices juntos.

—Mira... —El tono de Linnet parecía de excusa casi infantil—. Me estoy divirtiendo mucho, especialmente con esto. —Hizo un movimiento con la mano—. Quería convertir Wode Hall en una residencia campestre ideal, tal

como me gustaría que fuera, y me parece que por ahora lo voy consiguiendo, ¿no te parece?

—¡Oh, sí! Es precioso. Maravillosamente planeado. Es perfecto. Eres muy inteligente, Linnet. —Hizo una pausa y luego continuó—: Y te gusta Charltonbury, ¿verdad? Es evidente que necesita que se modernice y todas esas cosas, pero tú te encargarás de eso. Te gustará.

—¡Oh, sí! Charltonbury es magnífico.

Linnet hablaba con un entusiasmo realmente espontáneo, pero por dentro experimentó una sensación de súbita frialdad. Algo extraño acababa de herir un sentimiento recóndito, turbando así su completa satisfacción por la vida.

No analizó ese sentimiento inmediatamente, pero cuando Windlesham entró en la casa, empezó a escrutar todos los repliegues de su mente.

Charltonbury. Sí, eso era, se había resentido por la mención de Charltonbury. Pero ¿por qué? Charltonbury era famoso. Era de los Windlesham. Ser la dueña de Charltonbury era una posición envidiable, y Windlesham era el soltero más deseado de Inglaterra.

Naturalmente, él no podía tomarse Wode en serio. No podía compararse con Charltonbury.

¡Ah, pero Wode era suyo! Ella lo vio, lo compró, volvió a reconstruirlo sin preocuparse del dinero que iba a costarle. Aquélla era su propia posesión, su reino.

No obstante, en cierto modo, aquello dejaría de existir si decidía casarse con Windlesham. ¿Para qué iban a tener dos residencias campestres? Y, de las dos, Wode Hall sería la condenada a desaparecer.

Ella misma, Linnet Ridgeway, dejaría también de existir. Se convertiría en la condesa de Windlesham, aportando a Charltonbury y a su dueño actual una dote apreciable. Sería reina consorte, pero no la auténtica reina.

«Estoy siendo ridícula», se dijo.

¡Pero era extraño cómo odiaba la idea de abandonar Wode!

¿No había algo más que la hiciera sentirse así?

La voz de Jackie, con aquella nota repetitiva y ardiente: «Si no me caso con él, me moriré. Me moriré. Me moriré...». Y lo decía con gran convicción. ¿Experimentaba ella misma un sentimiento idéntico hacia Windlesham? Ciertamente, no. Tal vez no llegaría nunca a ese extremo por nadie. ¡Debía de ser maravilloso sentir de aquel modo!

A través de la ventana abierta, se oyó el ruido de un coche que se aproximaba.

Linnet se lanzó impaciente en su dirección. Debían de ser Jackie y su novio. Saldría a recibirlos.

Se encontraba en la puerta cuando Jacqueline y Simon descendieron del automóvil.

—¡Linnet! —Su amiga corrió hacia ella—. Éste es Simon, Simon, ella es Linnet. Es la criatura más maravillosa del mundo...

Linnet vio a un joven alto, de espaldas anchísimas, ojos azul oscuro, cabello castaño rizado y una sonrisa atractiva de chiquillo.

Le tendió la mano. La suya era cálida y firme. Le gustó cómo la miraba, con una inocente y sincera admiración.

Jackie le había dicho que ella era guapa, y era evidente que a él también se lo parecía.

Una ardiente sensación de embriaguez se extendió por las venas de Linnet.

—¿No es encantador todo esto? —dijo—. ¡Venga, Simon, entra y permíteme que dé la bienvenida a mi nuevo administrador!

Cuando se volvía para señalar el camino, pensó: «¡Me siento extraordinariamente feliz! ¡Me gusta el novio de Jackie! ¡Me gusta enormemente!».

Y luego, con pesar, exclamó como dolida: «¡Qué suerte tiene Jackie!».

VIII

Tim Allerton se reclinó perezosamente en su tumbona y bostezó mirando el mar. Luego lanzó una rápida mirada de soslayo a su madre.

Mrs. Allerton era una mujer todavía guapa, de cincuenta años y cabello canoso. Adoptando una expresión de severidad cuando miraba a su hijo, creía poder disimular la intensa adoración que sentía hacia él. Incluso los observadores que no la conocían raramente se dejaban engañar por ese gesto, y el propio Tim veía perfectamente el corazón de su madre a través de ese velo de severidad.

—¿De verdad te gusta Mallorca, mamá? —preguntó el joven.

—Bueno... —Mrs. Allerton hizo una pausa para reflexionar—. La vida aquí es barata...

—Y fría —dijo Tim, estremeciéndose levemente.

Era un joven alto, delgado, de cabellos oscuros y pecho estrecho. Su boca tenía cierta expresión de dulzura, ojos tristes y mandíbula indecisa. Poseía unas manos delicadas.

Amenazado de tuberculosis hacía ya algunos años, nunca había mostrado un buen desarrollo físico. Oficialmente se suponía que se dedicaba a escribir, pero sus amigos sabían que las preguntas sobre sus trabajos literarios nunca eran bienvenidas.

—¿En qué piensas, Tim?

Mrs. Allerton aguardó expectante la respuesta. Sus ojos negros y brillantes escrutaban suspicaces a su hijo.

Tim Allerton hizo una mueca.

—Pensaba en Egipto.

—¿Egipto? —En el tono de Mrs. Allerton se advertía un asomo de duda.

—Allí todo es cálido, mamá. Arenas doradas, el Nilo... Me gustaría remontar el curso de ese poético río. ¿A ti no?

—Claro que me gustaría —contestó ella con seque-

dad—. Pero Egipto es terriblemente caro, querido. No es para los que tienen que contar los peniques antes de gastarlos.

Tim lanzó una carcajada. Se levantó y se desperezó. Parecía haberse llenado de vida en un segundo.

—Los gastos correrán de mi cuenta —dijo excitado—. Sí, querida. He tenido un pequeño golpe de suerte en la Bolsa con resultados bastante satisfactorios. Me he enterado esta mañana.

—¿Esta mañana? —repuso Mrs. Allerton en tono cortante—. ¡No has tenido más que una carta y era...!

Se interrumpió, mordiéndose el labio.

Su hijo pareció indeciso sobre si debía tomarlo a broma o enfadarse. Eligió la primera opción.

—Era de Joanna —terminó con frialdad—. Está bien, madre. Eres la reina de los detectives. El famoso Hércules Poirot tendría que esforzarse para conservar sus laureles si decidieras hacerle la competencia.

Mrs. Allerton parecía confundida.

—Vi la escritura del sobre por casualidad y...

—¿Y te diste cuenta de que no era de un agente de Bolsa? Estupendo. En honor a la verdad, he de decirte que fue ayer cuando lo supe. La escritura de la pobre Joanna es bien fácil de reconocer: parece que quiera salirse del sobre, como una araña enloquecida.

—¿Qué dice Joanna? ¿Alguna novedad?

Mrs. Allerton se esforzó para que su voz sonara despreocupada. La amistad entre su hijo y su prima segunda, Joanna Southwood, siempre le había irritado. No porque hubiera algo entre ellos, como se repetía incesantemente la buena señora. Ella sabía perfectamente que no lo había. Nada. Tim nunca había mostrado ningún interés sentimental hacia su prima Joanna, ni ella hacia él. Su atracción mutua parecía estar cimentada en su gusto por el chismorreo y la posesión de un gran número de amigos y conoci-

dos en común. A ambos les gustaba la gente, así como criticarla. Joanna tenía una lengua divertida, aunque muy cáustica.

La rigidez de los modales de Mrs. Allerton cuando ella estaba presente o cuando recibía una carta suya no se debía al temor de que su hijo pudiera enamorarse de su prima.

Era otro sentimiento indefinible, tal vez de celos, por el placer indudable que Tim experimentaba cuando se encontraba en compañía de Joanna. Él y su madre compartían tal amistad que la sola vista de una mujer que acaparara la atención de Tim le producía una ligera desazón. Creía que su presencia constituía entonces un estorbo para los dos representantes de la nueva generación.

Muchas veces los había sorprendido conversando animadamente y, al acercarse ella, interrumpían la charla o cambiaban de tema para poder incluirla en la conversación de un modo muy forzado. Sin embargo, y decididamente, a Mrs. Allerton no le gustaba su sobrina. La consideraba hipócrita, afectada y esencialmente superficial. Le costaba un esfuerzo extraordinario tener que reprimir los deseos que la acometían para expresar aquellos pensamientos con toda claridad.

En respuesta a su pregunta, Tim extrajo la carta de uno de sus bolsillos y la hojeó.

—Es una carta bastante larga —observó la madre.

—No dice gran cosa —declaró él—. Los Devenish han solicitado el divorcio. El viejo Monty ha sido detenido por conducir borracho. Windlesham se ha marchado a Canadá, parece que le ha sentado bastante mal que Linnet le diera calabazas. Ella va a contraer matrimonio definitivamente con aquel personaje, el administrador de fincas.

—¡Es extraordinario! ¿Él es muy terrible?

—No, no. Nada de eso. Es uno de los Doyle de Devonshire. No tiene ni un penique, desde luego, y hasta hace

poco estaba prometido con una de las mejores amigas de Linnet. ¡Todo bastante desagradable!

—No creo que eso sea muy correcto —declaró Mrs. Allerton enrojeciendo.

Tim le dirigió una rápida y cariñosa mirada a su madre.

—Ya lo sé, querida. Tú no puedes ver con buenos ojos que le soplen a nadie el marido y todo ese tipo de cosas.

—En mis tiempos respetábamos ciertos valores —dijo Mrs. Allerton—. ¡Era algo bueno! Sin embargo, ahora la gente cree que puede hacer cualquier cosa que se le antoje.

Tim sonrió.

—No solamente lo creen, sino que lo hacen. *Vide* Linnet Ridgeway.

—Bueno, pero yo opino que eso es horrible.

Él guiñó un ojo.

—¡Ánimo, mamá, tal vez yo esté de acuerdo con tu opinión! Hasta ahora no se me ha ocurrido jamás seducir a la mujer ni a la novia de un amigo.

—Estoy segura de que jamás harás tal cosa —dijo Mrs. Allerton. E, ingeniosamente, añadió—: Te he educado demasiado bien.

—Así pues, el mérito es tuyo, no mío.

Sonrió con aburrimiento mientras doblaba la carta y volvía a metérsela en el bolsillo.

Mrs. Allerton pensó: «Siempre me ha enseñado la mayoría de las cartas. De las de Joanna, en cambio, sólo me ha leído párrafos sueltos».

Sin embargo, expulsó ese vano pensamiento de su cabeza y decidió, como siempre, conducirse como una señora de su clase.

—¿Se divierte Joanna? —preguntó.

—Así, así. Ahora tiene la intención de abrir una tienda de delicatessen en Mayfair.

—Siempre se queja de su situación —dijo Mrs. Allerton

con un tono de despecho—. Pero lo cierto es que ella alterna con lo mejor de la sociedad, y sus vestidos deben de costarle un dineral. Siempre va muy bien vestida.

—Sí. En efecto —convino Tim—. Probablemente no los paga. No, madre, no quiero decir lo que en este momento te está sugiriendo tu mente eduardiana. Quiero decir, literalmente, que no paga las facturas.

Mrs. Allerton suspiró.

—Nunca he comprendido cómo se puede hacer una cosa así.

—Es un don genial —repuso el hijo—. Cuando se tienen gustos suficientemente extravagantes y se carece de la menor noción del valor del dinero, se concede a esas personas toda clase de créditos.

—Sí, pero esa persona no tardará en visitar el Tribunal de Quiebras, como le ocurrió al pobre sir George Wode.

—Parece que sientes debilidad por ese viejo palafrenero sólo porque en un baile celebrado en el año 1879 te llamó capullo de rosa.

—Yo todavía no había nacido en 1879 —repuso Mrs. Allerton con humor—. Sir George cuenta con unos modales encantadores, y no te permito que lo llames palafrenero.

—He oído algunas historias divertidísimas sobre él de parte de personas que lo conocen bien.

—A ti y a Joanna os importa bien poco la reputación del prójimo. Cualquier cosa os parece divertida con tal de que sea escandalosa.

Tim enarcó las cejas.

—Querida, te estás sulfurando. No sabía que el viejo Wode fuera tu favorito.

—Tú no puedes ni imaginarte lo doloroso que ha sido para él tener que desprenderse de Wode Hall. Se preocupaba muchísimo por ese lugar.

Tim reprimió el impulso de responder acerbamente.

¿Quién era él para juzgar, después de todo? En su lugar, dijo pensativo:

—En eso parece que tienes razón. Linnet lo invitó a que fuera a ver las reformas que se habían llevado a cabo en su antigua residencia y él se negó rotundamente a ir.

—Por supuesto. Ella no lo habría invitado si lo hubiera conocido mejor.

—Ahora creo que él siente un odio irreversible contra Linnet... Murmura entre dientes cosas incomprensibles cuando la ve. No puede perdonarle que le haya dado una cantidad tan fabulosa por su propiedad familiar roída por los gusanos.

—Y ¿tú no eres capaz de comprender eso? —inquirió Mrs. Allerton con sequedad.

—Francamente —dijo Tim con calma—, no puedo comprenderlo. ¿Por qué vivir en el pasado? ¿Por qué ese apego idiota hacia las cosas que se fueron?

—¿Cómo las reemplazarías tú?

Él se encogió de hombros.

—Sensaciones, tal vez. Novedades. La alegría de no saber jamás lo que ocurrirá al día siguiente. En vez de heredar un trozo de tierra inútil, prefiero el placer de hacer dinero por mí mismo, empleando mi cerebro y mis aptitudes.

—Un golpecito afortunado en la Bolsa, por ejemplo.

Tim profirió una carcajada.

—¿Por qué no?

—Y ¿qué sucedería si tuvieras en la Bolsa una pérdida semejante?

—Eso, mamá, es poco probable. Es inapropiado para hoy... ¿Qué te parece mi plan sobre Egipto?

—Bien...

Tim la interrumpió sonriente:

—Entonces, de acuerdo. Los dos hemos querido siempre visitar Egipto.

—¿Cuándo sugieres que vayamos?

—¡Oh!... El mes próximo. Enero es la mejor época para ir. Gozaremos del delicioso ambiente en este hotel sólo durante unas pocas semanas más.

—¡Tim! —exclamó Mrs. Allerton en tono de reproche. Luego añadió, sonrojándose—: Lamento tener que decirte que le prometí a Mrs. Leech que la acompañarías a la comisaría de policía. Ella no entiende una palabra de español.

Tim hizo una mueca.

—¿A causa de su anillo? ¿El rubí rojo sangre de la hija del veterinario? ¿Persiste en la creencia de que se lo han robado? Iré si tú quieres, pero son ganas de perder el tiempo. No conseguirá nada más que causar molestias a cualquier pobre camarera del hotel. Se lo vi perfectamente en el dedo cuando fue a bañarse aquel día, y salió del agua sin él pero no se dio cuenta.

—Ella dice que está segura de que se lo quitó y lo dejó en su tocador.

—Pues no es verdad. Yo lo vi con mis propios ojos. Esa mujer está loca. Si no lo estuviera, no se habría bañado en pleno mes de diciembre diciendo que el agua tenía la temperatura suficiente sólo porque el sol brillaba en aquel momento. Las mujeres gordas deberían tener prohibido bañarse. ¡Están tan repugnantes en traje de baño!

Mrs. Allerton murmuró:

—Realmente, creo que renunciaré a bañarme en lo sucesivo.

Tim rio alegremente.

—¿Tú? Tu cuerpo da cien vueltas a las jóvenes de hoy. Su madre suspiró.

—Desearía que tuvieras aquí unos cuantos jóvenes más de tu edad que te ayudaran a distraerte.

Tim negó enérgicamente con la cabeza.

—Pues yo no. Los dos solitos nos las hemos arreglado divinamente sin otras distracciones.